

141844

Unio 5/73

EL 24 DE DICIEMBRE

6

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD,

drama de gran espectáculo, en tres actos, original y en verso,

DE

D. JOSÉ MAZO.

Escrito espresamente para solemnizar el acto
de la abolicion del esclavo.

~~~~~  
Precio: 8 reales.  
~~~~~

MÁDRID:
IMPRESA DE PEDRO ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

—
1873.

L47 - 6308

EL 28 DE DICIEMBRE

LA ANTOLOGIA DE LA LINGÜÍSTICA

DE LA LINGÜÍSTICA

LA ANTOLOGIA DE LA LINGÜÍSTICA

55-60 247-6308

EL 24 DE DICIEMBRE

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD,

drama de gran espectáculo, en tres actos, original y verso,

DE

D. JOSÉ MAZO.

Escrito expresamente para solemnizar el acto de la abolición del esclavo.



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en cualquier parte de los dominios de su propiedad literaria. El propietario se reserva el derecho de traducción. Queda hecho el depósito que exige la ley.

MADRID:
IMPRENTA DE PEDRO ABIENZO,
 CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.
 1873.

PERSONAJES.

ACTORES.

AMPARO (hija de D. Manuel).....	SRA. MOLINA.
CLEMENTINA (mulata).....	ESTRELLA.
NIÑO 1.º (negro).....	GOMEZ.
D. MANUEL } (opulentos dueños de in-	Sr. VIVÓ.
D. MATEO.. } genios).....	GARCÍA.
ALBERTO (teniente de marina).....	CARRION.
BALTASAR (capitan negrero).....	CÓO.
GASPAR (capataz de ingenio).....	FERNANDEZ.
JUAN..... } (negros).....	ALTARRIBA.
DOMINGO	
NEGRO 1.º.....	POZO.
NEGRO 2.º.....	IBAÑEZ.
UN NEGRO.....	N. N.
UN NEGRITO (1.º).....	N. N.

Esclavos, capataces, voluntarios de la Isla, piratas, niños, etc.

~~~~~

### La accion figura en Puerto-Rico.

~~~~~

~~~~~

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL CONSECUENTE Y DIGNO CIUDADANO  
COSME ECHEVARRIETA,

DEL CLUB REPUBLICANO DE BILBAO.

Juntas escribieron nuestras plumas en el primer periódico republicano que vió la luz en Bilbao, y juntos quiero que aparezcan nuestros nombres en la primera página de esta modesta producción.

Su único mérito consiste en ser defensora de una de las santas ideas encarnadas en el credo político que con tanta bizarría has venido defendiendo en la tribuna y en el campo.

Recibe, pues, esta débil muestra del entrañable afecto que te profesa tu buen amigo y correligionario

El Autor.

AL GOBIERNO Y DIGNO CIUDADANO

COSME ECHEVARRIETA

DEL DISTRITO FEDERAL DE MEXICO

CALLE DE LA UNIÓN, NUMERO 10

MEXICO, D.F.

AGOSTO 1913

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

SEÑOR

18

---

# ACTO PRIMERO.

---

Decoracion figurando un ingenio.—Verja al fondo, palmeras, jarrones con flores tropicales, bancos, etc.—Varios negros en las faenas campestres.

## ESCENA PRIMERA.

AMPARO sentada y leyendo un periódico; CLEMENTINA, su esclava, de pié.

AMP. «El gobierno nacional, genuina espresion del pueblo, en el propósito firme de libertar á los negros, sin que le arredre la saña de los partidos opuestos, llevará á nuestras Antillas, dentro de muy breve tiempo, las reformas que reclaman la ilustracion y el derecho.»

CLEM. ¡Será verdad, señorita!  
¿Sucederá así en efecto?  
¿Será posible que al fin nuestra libertad logremos?

AMP. No lo dudes, para siempre vá á cesar el vil comercio que de vuestra sangre hacian los hombres, en menosprecio de la humanidad. ¡Ya es hora que brille el astro sereno de libertad y justicia para todos!...

CLEM. Ya era tiempo.

Verdad es que á vuestro lado  
libres estamos viviendo;  
don Manuel, veinte años hace  
que nos tiene en este ingenio,  
y todos agradecidos  
le llaman el blanco bueno;  
nos aprecia como hermanos:  
él no reconoce siervos.

No es lo mismo el ambicioso  
de su amigo don Mateo,  
pues trata mucho peor  
á sus esclavos, que á perros.

Despues de que en esta Isla  
sus millones ganó, haciendo  
una venta de las que él

acostumbra con los negros.  
Despues de que su caudal  
y su hacienda debe á ellos,

los quiere tratar á palos;  
pero gracias á los buenos

amigos de don Manuel,  
los negritos serán puestas

en libertad, trabajando  
por un tanto en los ingenios,

y entonces se morirá  
de rabia, de sentimiento.

AMP.

Es un hombre poderoso,  
despótico y altanero;

frecuenta mucho la casa,  
pues creído de su aprecio,

mi papá, como vecino,  
aunque en ideas opuesto,

no le parece prudente  
el mostrarse desatento

con él.

CLEM.

Crea, señorita,  
que con motivo le tengo  
cierta prevencion, que en vano  
del alma desechar quiero.  
Es un mal amigo, y todo  
de su perfidia lo temo.



- AMP. No desconozco la idea que predomina en su pecho. Envidioso de la dicha de los demás, y avariento, á mi buen padre la boda suya conmigo ha propuesto, fundado en que su caudal, unido al que en dote llevo, formarán una fortuna considerable en extremo. Pero no conseguirá sus egoístas proyectos, porque antes de unirme á él, quedar soltera prefiero toda la vida.
- CLEM. ¡Eso no! Ni es justo, ni lo deseo. Si no hay en su corazón para mí ningún secreto; si os merecí desde niña el más distinguido aprecio; si sé muy bien que adorais á un joven marino esbelto, que tan pronto como logre ser capitán, en efecto, á vuestras plantas pondrá su corazón, de amor ciego...
- AMP. Por Dios, Clementina, guarda el más profundo silencio... á nadie digas...
- CLEM. ¡Señora! Yo sé pagar vuestro afecto con gratitud; no temais, que á nadie enteraré de esto.
- AMP. Mi padre no se opondrá á mis amantes anhelos; huérfana quedé hace años, y desde entonces, sujeto á mi voluntad, no hace más que lo que yo deseo.
- CLEM. El novio se lo merece,

porque es todo un caballero,  
eso sí, ¡qué corazón  
tan hidalgo, tan sincero!

Al hijo de su criado  
Juan, á quien compró pequeño,  
le dió libertad, llevándole  
hasta la Corte, y haciendo  
de él un muchacho instruido  
y de regular talento.

¡Así es que Juan le idolatra  
como á un hijo!...

AMP. Y yo le tengo  
en estima, porque es  
de fidelidad modelo  
para su amo.

CLEM. ¡Él se acerca!  
¿Qué pretenderá?

AMP. Te ruego  
que nos dejes un instante.

CLEM. Me lo ordenais, y obedezco.

AMP. No, te lo suplico.

CLEM. ¡Gracias! (Váase.)

AMP. Ya sabes que yo no ordeno.

## ESCENA II.

AMPARO y JUAN (negro), con un ramo de flores y quedando en  
último término.

AMP. No comprendo la razón  
del ánsia que experimento,  
ni por qué motivo siento  
agitado el corazón.

JUAN. ¡Señora!...

AMP. Pasa adelante.

JUAN. Vuestra indulgencia reclamo:  
más de parte de mi amo  
vengo á obsequiaros galante.  
Me encargó que sus favores  
á vuestras plantas rindiera,  
y que en su nombre os trajera  
estas caprichosas flores.

- Que más tarde aquí vendrá,  
 conforme su pecho anhela,  
 y antes de darse á la vela  
 con vuestro padre hablará.
- AMP. ¿Será posible que parta?
- JUAN. Tengo seguros recelos  
 de que sí.
- AMP. ¡Qué veo! ¡Cielos!  
 ¡No me engaño! ¡Es una carta!  
 «¡Flor de regalada esencia! (Abre y lee.)  
 ¡Angel bello de ternura!  
 ¡Adorable criatura  
 aliento de mi existencia!  
 Próximo estoy á partir,  
 á cruzar el ancho abismo  
 del mar; por lo tanto, hoy mismo  
 quiero tu mano pedir.  
 La pureza de esas flores,  
 que recogí con pasión,  
 emblema sagrado son  
 de mis cándidos amores.  
 No más la duda taladre  
 mi corazón; oír quiero,  
 si de nuestro amor sincero  
 es gustoso tu buen padre.  
 ¡En mí no cabe falsía!...  
 Deseo antes de emprender  
 un nuevo viaje, saber  
 si á mi vuelta serás mía.  
 Si no hay doblez en tu amor,  
 confiesa de una vez todo  
 á tu padre, que es el modo  
 de conseguir su favor.»  
 ¡Conque nos vá á abandonar!
- JUAN. Señora, el sólo destino  
 y la misión del marino,  
 es en el mundo viajar.
- AMP. ¡Que le supliques exijo  
 que no sea tan cruel!  
 ¡Y tú partirás con él?
- JUAN. Dió libertad á mi hijo

despues de haberle educado;   
 él es mi vida, mi aliento,   
 y ni siquiera un momento   
 me apartaré de su lado.   
 Él, con mano cariñosa,   
 calmando así mis enojos,   
 cerró al espirar los ojos   
 á mi desgraciada esposa.

Gemíamos bajo el yugo   
 de un tirano capataz   
 que azotaba nuestra faz   
 y que era nuestro verdugo.   
 Un dia de vacacion,   
 ¡que tengo en el alma hijo!   
 estaba yo á nuestro hijo   
 enseñando una oracion,   
 y en vez de premiar el celo   
 que como padre mostraba   
 cuando lecciones le daba   
 de religion y consuelo,   
 de mi lado lo apartó   
 sin piedad, y bruscamente,   
 con el látigo en la frente   
 á mi pobre niño hirió.   
 Desde entonces, la verdad,   
 con la venganza soñaba,   
 y una ocasion acechaba   
 buscando la libertad.   
 Por fin, un dia intenté   
 poner término á mis penas,   
 y huyendo de las cadenas   
 el ingenio abandoné.   
 ¡Aun al pensarlo me affije!   
 ¡Cuántas fueron en dos dias   
 las penas y angustias mias   
 junto á mi esposa y mi hijo!...   
 Cansados de caminar,   
 al cielo favor pedimos,   
 y de otro ingenio nos fuimos   
 á las puertas á llamar.   
 Invocando el nombre santo

- de Dios Todopoderoso,  
 un anciano bondadoso  
 quiso enjugar nuestro llanto.  
 Las puertas de su mansion  
 nos abrió tierno, benigno;  
 tal proceder era digno  
 de su santa religion.  
 Le conté la pena mia  
 y el buen anciano lloraba;  
 nuestra libertad compraba  
 al tirano al otro dia.  
 Y aquel hombre generoso,  
 á quien ángel bueno llamo,  
 era el padre de mi amo,  
 del que será vuestro esposo.  
 Porque no lo dudo, no;  
 vos, premiando su ternura,  
 le colmareis de ventura,  
 le amareis cual le amo yo.
- AMP. Sí, sí, ¡corre presuroso!...  
 Y dile que fé en mí tenga,  
 y que á hablar conmigo venga  
 á mi padre cariñoso.
- JUAN. ¡Ya vereis cuán poco tardo!
- AMP. Que ni un momento vacile;  
 dile que le amo, dile  
 que con ansiedad aguardo. (Váse.)
- JUAN. ¡A los ángeles, cual tú, (Sólo, contemplándola.)  
 que son del débil amparo,  
 deben proteger los cielos,  
 para bien de los esclavos!  
 Tan hermosa tiene el alma  
 como el semblante. ¡Dios santo!  
 ¡Hacedla feliz!—¡Qué escucho!  
 ¡Alguien se acerca! ¡Me marchó! (Váse.)

## ESCENA III.

D. MANUEL y D. MATEO entran por la izquierda cuestionando.

- MATEO. ¡Es una ilegalidad  
 que atenta á las propiedades!

- MANUEL. ¡Pues son ilegalidades de Dios que exige la sociedad!  
Desengañese usted...
- MATEO. Veo que todo lo aplaude y todo lo aprueba.
- MANUEL. Somos de distinto modo de discurrir, don Mateo.
- MATEO. Diga usted, ¿y el capital que en los negros me gasté?
- MANUEL. ¿Y quién le ha mandado á usted haberlo empleado mal? A esas desgraciadas gentes nuestros millones debemos, y quedarnos merecemos sin ellos, por delincuentes.
- MATEO. Es decir que... ¡Me horroriza su manera de pensar!  
¿Usted no vá á protestar si no se nos indemniza?
- MANUEL. No tal.
- MATEO. ¡Su calma me asusta!  
¿Y bajo ningún pretexto?
- MANUEL. Bajo ninguno protesto, porque la idea me gusta.  
¡Ya vé usted que de los dos tambien yo perderé un tercio! Pero ese inicuo comercio ofende á la ley de Dios, y es un impio, un alevé, el que autorice y consienta ese comercio, que afrenta en el siglo diez y nueve.
- MATEO. Comprendo que los excesos de su buen radicalismo acaban consigo mismo, barajándole los sesos.  
¡Tal simpleza! ¿quién pensó?  
¿No sabe usted que en el dia no hay más ley ni tontería que el nominativo *yo*?
- MANUEL. Ciertamente; lo confieso.

- y es el principal motivo de estar por lo positivo, por lo que suprimen eso. Hoy el hombre, no le asombre, lo mismo negro que blanco, si quiere que sea franco, no es autómeta, que es hombre; de su interés en acopio, pues tenemos á la vista un siglo positivista, debe pensar en sí propio. Por eso mismo me alegro de que sea realidad, muy pronto, la libertad que debe gozar el negro!
- MATEO. ¡Calle usted, que me confundo de que tan cándido sea! Eso no es tener idea de lo que es el nuevo mundo.
- MANUEL. A negarle no me atrevo su ingenio de comerciante. ¡Conozco el mundo bastante y aplaudo el sistema nuevo!
- MATEO. Sucederá, sin falencia, que el negro desenfrenado...
- MANUEL. Pues el que hizo el pecado, que pague la penitencia. ¡Hemos de perder quizás, como si fuéramos locos, por el daño de unos pocos la dicha de los demás? En el morir y el nacer Dios hizo á todos iguales: si todos somos mortales, esclavos no debe haber.
- MATEO. Es decir, que segun cierta tendencia que usted presente, capaz es por esa gente de pedir de puerta en puerta.
- MANUEL. Si señor, en ello insisto, y no me retracto, no.

- Tambien limosna pidió por nosotros Jesucristo.
- MATEO.** ¡Que esas máximas vertiera un pobre descamisado! ¡pero un rico potentado! ¡sin verlo, no lo creyera!
- MANUEL.** ¡Qué quiere usted, son manías!...
- MATEO.** En efecto; ¡ya lo veo!
- MANUEL.** Pues son muchos, don Mateo, los de las ideas mías.
- ¿Qué mayor solemnidad, que poder llevar á cabo la redencion del esclavo mañana, que es Navidad?
- ¡Prestar al débil favor!
- ¿Dónde hay placer más profundo? El día en que vino al mundo Jesus, nuestro Redendor; toda alma leal y franca debe, si del bien se alegra, redimir la raza negra, honrando á la raza blanca.
- MATEO.** ¡Usted sin duda está loco! Yo me tengo por cristiano; ¡pero salvar á mi hermano y perderme yo? ¡tampoco!
- ¡Buena tontuna seria! Mañana mismo, lo quiero, cierto capitan negrero comprará mi mercancia. ¡La comprará sin concienal pero; qué le hemos de hacer? De ganar algo á perder todo, hay gran diferencia.
- MANUEL.** ¡Calle usted! Apenas creo... y me desconsuela mucho su conducta, lo que escucho de sus lábios, don Mateo.
- MATEO.** ¿Qué quiere usted que le diga? Aquí es preciso ayudarnos los ricos, y coaligarnos



- estableciendo una liga. De lo contrario, verán ¡qué de penas y quebrantos! ¡como los pobres son tantos! de fijo, nos comerán. A propósito, en mi oído he podido coordinar la manera de llevar adelante un buen negocio. Su hija de usted...
- MANUEL. (¡Miserable!)
- MATEO. Me gusta mucho, es muy bella.
- MANUEL. Muchas gracias; pero ella...
- MATEO. Permítame usted que hable. Si trata usted con desvío mi negocio, más no arguyo; pero con el dote suyo unido al capital mío... Aunque ya de juicio y peso no creo hacerla una ofensa con decirle que es inmensa la pasión que la profeso. Y que lograr el favor de poder llamarla mía, confieso á usted que sería mi felicidad mayor.
- MANUEL. Siento mucho no poder, por más que se lo agradezca y que usted se la merezca, á su deseo acceder. Más no me parece justo, ni á sus ideas me asocio que por cuestión de negocio vaya á casarla á disgusto. En lo que digo me fundo y dispense mi franqueza para usted es la riqueza lo primero en este mundo, y yo creo, la verdad, fundado en mis opiniones, que no siempre los millones

- nos dan la felicidad.
- MATEO.** Siento verle inoportuno, despreciando el interés; su modo de pensar es de mil ochocientos uno.
- MANUEL.** No en toda su plenitud, pues entonces se tenía como legal y aplaudía el hombre la esclavitud; y yó, quizás temerario, tengo distinta opinion, y soy de la abolicion acérrimo partidario. No creo que usted exija, visto mi modo de hablar, que yo vaya á esclavizar el corazon de mi hija. ¡Si ella acepta, se lo fio; la cuestion ha dado fondo: por mi, negocio redondo! Dejo libre su albedrio.
- MATEO.** Yo la hablaré con franqueza: es jóven, discreta, lista, y no creo que resista al brillo de mi riqueza.
- MANUEL.** Agradezco la merced; pero la suya, con creces, gracias á Dios, es dos veces superior á la de usted.
- MATEO.** Dispéñseme. No he querido ofenderla...
- MANUEL.** No por cierto: ya lo sé, pero le advierto, que será tiempo perdido.
- MATEO.** Si usted, con bondad sin tasa, intercede á mi favor,...
- MANUEL.** ¡No me es posible! Señor don Mateo, esta es su casa. Con el permiso de usted tengo que hacer... ¡No le asombre si así le dejo!... (Váse.)

MATEO. ¡Este hombre.. (S61o.)  
 me ha pegado á la pared!  
 ¡Qué susceptible! ¡Qué raro!  
 ¡Y qué orgulloso tambien!  
 ¡Despreciar de esa manera  
 un negocio de interés  
 para ambas partes! ¡Si digo  
 que es tanta su candidez,  
 que no conoce la marcha  
 del siglo! Es hombre de bien,  
 eso sí, pero... ya tanto...  
 ¡tanto!... ¡raya en idiotez!...

ALB. (Dentro.) ¡Miserables!

MATEO. ¡Esas voces!

Voz. ¡Dejadlos!

MATEO. ¿Qué podrá ser?

¡Qué veo! ¡Un jóven marino

cuestiona con dos ó tres

capataces de mis negros!

¡Algun defensor tal vez

de los del dia! La gente

se arremolina hácia él.

¡Los capataces no quieren

á sus instancias ceder!

¡Ya me han visto, me hacen señas!

¡Aquí! ¡Venid! Yo sabré

lo que pretende; y si intenta,

atropellando la ley,

el ingenio sublevar,

¡su audacia castigaré!...

#### ESCENA IV.

ALBERTO, teniente de marina; JUAN (negro); dos capataces negros, DOMINGO y varios negros.

NEG. 1.º ¡Misericordia, señor! (Arrodillándose.)

NEG. 2.º ¡Piedad para mí! (Idem.)

MATEO. ¿Qué fué?

ALB. ¡Levantaos!

MATEO. ¿Quién se atreve

á ordenar que de mis pies,

- unos siervos que son míos,  
altivos alcen la sien?
- ALB. La ley de la humanidad  
y del derecho á la vez;  
¿Cómo puede permitir  
el que caballero es,  
que castiguen cruelmente,  
en mengua de su deber,  
á los séres desgraciados  
que le enriquecen á él?
- MATEO. ¡Jóven, reprimid la lengua  
y los insultos temed!  
Era mi ingenio, mi casa,  
donde castigar mandé  
á estos esclavos, que son  
de mi propiedad tambien.
- ALB. ¿De su propiedad? ¡Blasfemia,  
que no es posible, pardiez,  
oir con calma! ¿Quién puede  
como propiedad tener  
la existencia de unos séres  
humanos? ¡Decidme, quién  
más que Dios!—Y aun ese Dios,  
como tan Supremo es,  
tampoco del hombre abusa  
imponiéndole cruel  
la marcha que ha de seguir;  
sino que libre al nacer,  
le abandona á su albedrío,  
á su inteligencia y fé...  
¿Acaso los desgraciados  
que nacen con negra piel  
no descienden, cual nosotros,  
del mismo origen y ley?...  
¿No son hombrés tan perfectos?  
Pues entonces... ¿puede haber  
quien se llame propietario  
de otros séres como él,  
sin que falte á Dios, primero,  
y á la sociedad despues?  
¿No es propio de un alma noble

- tan indigno proceder!...
- ¡Y los teneis todavia  
postrados á vuestros piés?
- MATEO. ¡Callad! ó de lo contrario,  
con justicia creeré  
que alguna oculta intencion  
os inspira ese interés  
que demostrais; ese celo  
con que al negro defendeis.
- JUAN. ¡Tal insulto á mi buen amo!  
¡Señor... mi brazo deten!
- ALB. ¡Oculta intencion en mí!
- MATEO. ¿Quereis sin duda mover  
un motin en mis ingenios  
que redundara despues  
en beneficio... ¡Dios sabe!  
de qué partido ó de quién?
- ALB. ¡Vive Dios que no sé cómo  
me he podido contener!  
¡Qué habeis dicho, miserable!  
¿Habeis reparado bien  
en mi traje? ¿En esta cruz  
que en el combate gané  
del Callao? ¿Puede este pecho  
ocultar mengua ó doblez,  
cuando solamente quiere  
al débil favorecer?
- MATEO. ¡Esas palabras!
- ALB. ¡Os honran  
demasiado!
- MATEO. ¡Qué escuché!  
¡Pronto! ¡Salid, y á esos siervos  
de nuevo castigareis!
- NEG. ¡Piedad, señor!
- MATEO. (Los capataces se apoderan de los negros y salen de es-  
cena.) ¡Fuera esclavos!  
La ira que siento arder  
en mi pecho, con usura  
en sus cuerpos vengaré.
- ALB. ¡Digna hazaña de un villano  
sin Dios, sin patria y sin ley!

- MATEO. ¡Caballero!... Esa tarjeta original así espero que aceptareis.
- ALB. ¡Un desafío! ¡Lo acepto! Tomad la mía.
- MATEO. Está bien.
- JUAN. (Si quereis que le despache...) (A ALBERTO.)
- MATEO. Mañana mismo. ¿Entendeis?
- ALB. Pasaré por vuestro ingenio.
- MATEO. Yo tambien os buscaré... (Este debe ser el novio, mi rival. ¡Infeliz de él!) (Vase.)

ESCENA V.

JUAN y ALBERTO.

- JUAN. Señor... ¿y con ese hombre tan indigno os batireis?
- ALB. Le he dado ya mi palabra, y faltarle no podré.
- JUAN. Pensad en que vuestro padre, si el lance llega á saber, me culpará, y yo no puedo consentir que dude él de mi cariño. Al instante por su ingenio pasaré. A los negros, mis hermanos, su causa les haré ver: y si antes de media hora no consigo, como sé, revolucionarlos, pongo mi cabeza á vuestros piés.
- ALB. ¡Juan, que recuerdes la honra que en el Callao conquisté!
- JUAN. ¡Antes que á nadie castigue... todo el ingenio vá á arder! (Vase.)

ESCENA VI.

ALBERTO, y á poco AMPARO.

- ALB. Ella se acerca... ¡valor! ¡La ansiedad mi aliento corta!

- El duelo poco me importa:  
 lo que me importa es su amor.
- AMP. ¡Alberto mio!  
 ALB. ¡Sin calma,  
 mi pecho por tu amor tengo!  
 ¡Ebrio de júbilo vengo  
 por el alma de mi alma!  
 Anheloso de vivir  
 siempre á tu lado cautivo,  
 á tu padre quiero activo  
 tu blanca mano pedir.
- AMP. ¿Me amarás?  
 ALB. ¡Con ilusion!  
 rendido á tus piés de hinojos...
- AMP. ¡Claro me dicen tus ojos  
 que es mio tu corazon!
- ALB. Cuando en gallardo navío,  
 cubierto de banderolas,  
 surcando marchó las olas  
 inmensas del mar bravío,  
 en alas del vendabal,  
 siempre en tí, ¡mi bien! pensando,  
 suspiros de amor te mando,  
 frenético sin igual.  
 A los primeros albores  
 del sol, que su luz dilata,  
 el cielo tu faz retrata,  
 cubierto de resplandores.  
 Y en esas noches tan bellas  
 como nos pinta el deseo,  
 tu lábio en el coral veo,  
 tus ojos en las estrellas.  
 Que tu imágen ideal  
 delante de mí camina,  
 como una sombra divina  
 sobre aquel azul cristal.  
 Y del peligro á través  
 en mi gloriosa carrera,  
 lauros busco donde quiera  
 para rendir á tus piés.
- AMP. Yo tambien desde la orilla

- de ese espejo cristalino,  
bello ideal del marino,  
donde el poder de Dios brilla,  
veo las naves flotar  
sobre el azul elemento,  
y suspiros doy al viento  
que hasta tí deben llegar.  
Y á las aguas, á las flores,  
á los céfiros suaves,  
á las marítimas aves  
cuento mis tiernos amores...  
y cuando una embarcacion,  
tú ausente, se dá á la vela,  
como rápida gacela  
vá detrás mi corazon.  
Y no ceso de rogar  
por tu vuelta noche y dia,  
á nuestra Virgen Maria  
que te proteja en el mar.  
Que es inmenso mi cariño,  
;como el espacio en que mora  
con su blanca luz la aurora!  
;Tan puro como el armiño!  
ALB. ;Dudarás de la vehemencia  
del amor que siento en mi?  
;Serás fiel como hasta aqui?  
;No te olvides en mi ausencia!  
AMP. ;Ausencia! Nombre fatal  
que con el alma deploro.  
Tuya juro ser.  
ALB. No ignoro  
que quizás algun rival  
tu firme constancia hostigue.  
AMP. Tenazmente me persigue  
ese avaro comerciante  
de negros; pero confia  
en mi cariño sincero,  
que es mi corazon de acero  
y muy grande mi hidalguia.  
Su nécia temeridad  
castigaré con desvío.



ALB. ¡Comprendo su desafío!  
 ¡Qué rara casualidad!  
 ¡Él era!

AMP. ¡Vana ilusion,  
 si ha creído en su torpeza  
 que pudiera la riqueza  
 fascinar mi corazón!

ALB. Quisiera á tu padre hablar.

AMP. Si gustas, le avisaré.  
 ¡El se acerca!

ALB. ¡Por mi fé,  
 que su aprecio he de lograr!

### ESCENA VII.

AMPARO, DON MANUEL Y ALBERTO.

MANUEL. ¡Caballero! (Saludando.)

ALB. ¡Servidor! (Id.)

¡Con toda el alma celebro  
 esta feliz circunstancia!

MANUEL. Si en algo servirle puedo...

ALB. Señor don Manuel, yo sé,

sin que se ofenda por ello,

que usted, persona influyente

y de no vulgar talento,

está por la abolicion

de la esclavitud haciendo

mil sacrificios, y dando

de su probidad ejemplo.

MANUEL. Es un deber. Si usted gusta,

podemos tomar asiento. (Se sientan.)

ALB. Muchas gracias. Sabedor

de sus nobles sentimientos,

no vacilo en exponerle

mi pretension; advirtiéndole

que soy honrado, soy jóven

y digna carrera ejerzo.

MANUEL. ¿Y bien?

ALB. Soy de una familia

distinguida, si no en centros

políticos elevados,  
 en el Banco y el comercio  
 de la Isla.

MANUEL. Usted dirá...

ALB. Pues á la cuestion volviendo  
 de la esclavitud, yo sé,  
 y me congratulo en ello,  
 que usted, rico propietario,  
 unido en todo al Gobierno  
 Nacional, trabaja activo  
 porque pronto sea un hecho  
 la redencion del esclavo.

MANUEL. Sí señor; más no penetro...

ALB. Pues bien, con esa franqueza  
 del buen marino, hablar quiero.  
 Usted puede devolver  
 á un pobre esclavo el sosiego,  
 la felicidad, tornando  
 su existencia en un completo  
 paraíso!

MANUEL. ¡Amparo mia!

AMP. ¡Padre!

MANUEL. ¡Todo lo comprendo!

ALB. Prosiga usted... (¡No te turbes!)

AMP. (¡Qué responderá? ¡Yo tiemblo!)

ALB. Pues bien, don Manuel; cautivo  
 está de amores mi pecho  
 por la perla de esta casa,  
 y á pedir su mano vengo:  
 ¡su Amparo! Dispense usted  
 mi atrevido pensamiento;  
 pues vá á redimir las vidas  
 de tantos y tantos siervos,  
 con justo motivo yo  
 á sus bondades apelo.

MANUEL. Su franqueza me deleita,  
 pero yo se la dispense.  
 Es usted jóven, honrado,  
 porque en sus ojos lo leo.  
 Mi hija le quiere. Tambien  
 en su turbacion lo advierto.

- AMP. ¡Padre mio!...
- MANUEL. ¡No me extraña!  
A tu edad, sabido es eso.  
Un marino, de familia  
distinguida, franco, bueno,  
merece ser aceptado  
por mí...
- ALB. Mucho le agradezco  
tanto honor.
- AMP. ¿Será posible  
que usted consienta?
- MANUEL. Sí; pero...  
A veces la juventud,  
guiada por el exceso  
de sus pasiones...
- ALB. ¡Le juro  
por mi fé de caballero!...
- MANUEL. Su padre de usted...
- ALB. Es noble,  
y rico.
- MANUEL. De eso no hablemos.
- ALB. Él no ha podido venir;  
es muy anciano, está enfermo...
- MANUEL. Corriente; yo pasaré  
á visitarle, y veremos...
- ALB. ¡Si fuera tan venturoso!
- MANUEL. Le aseguro desde luego,  
que basta sean esclavos,  
aunque de amor, ni un momento  
descansaré, hasta poder  
mitigar su cautiverio.
- ALB. ¡Las más espresivas gracias  
le doy con profundo afecto!  
¡Me retiro! ¡Soy de ustedes!... (Saludando.)  
(Al irse á retirar, suenan voces subversivas dentro,  
como de una rebelion de esclavos.)
- VOCES. ¡Muera!
- MANUEL. ¡Esas voces!...
- AMP. ¿Qué es ello?
- ALB. ¡Una rebelion sin duda!
- VOCES. ¡Muera!

- JUAN. ¡Señor! (A ALBERTO saliendo.)
- ALB. Y }  
 MANUEL. } ¿Qué hay?
- JUAN. Los negros  
 del ingenio de aquí al lado,  
 propiedad de D. Mateo,  
 se han sublevado.
- AMP. ¡Dios mío!
- MANUEL. ¡No te asustes! De los nuestros  
 no haya temor.
- VOCES. ¡Muera el amo!
- UNA VOZ. ¡Muera el infame negrero!
- OTRAS. ¡Muera!
- ALB. Juan. ¡Si yo averiguo  
 que faltando á mi respeto  
 has promovido el motin!
- JUAN. ¡Señor! ¡Por el santo cielo  
 juro que no! ¡Por la vida  
 de vuestro padre!
- ALB. Lo creo.
- VOCES. ¡Muera!
- MATEO. ¡Canallas! ¡Traidores!  
 Yo me vengaré, os lo ofrezco.  
 (Saliendo apresuradamente, descompuesto y perseguido  
 por los negros.)

### ESCENA VIII.

Los mismos, DON MATEO, NEGROS, CAPATACES, etc.

- MANUEL. ¡Nada temais! ¡Esta casa  
 la respetan como un templo!
- TODOS. ¡Muera el amo! (Saliendo en tropel.)
- MANUEL. ¿Qué intentáis?
- TODOS. ¡Muera!
- NEG. 1.º ¡Que muera el perverso!
- NEG. 2.º ¡El verdugo que nos trata  
 como si fuéramos perros!...
- NEG. 1.º ¡Abajo la esclavitud!
- MANUEL. ¡Abajo irá: yo os lo ofrezco!  
 ¡Más sabéis lo que le ordena

al que es libre el Evangelio?

¡Perdonar á sus verdugos!

NEG. 1.º ¡A los malos, palo en ellos!

A los que, cual su mercé,  
son honrados y son buenos,  
los neguitos tambien saben  
con toda el alma querelos.

MANUEL. ¡Ea, vamos, retiraos  
á trabajar al ingenio!

NEG. 2.º ¡Y si nos azotan?

MANUEL. ¡No!  
¡No lo harán: yo os lo prometo!

MATEO. (¡Miserables!)

NEG. 1.º ¡Viva el amo  
Don Manuel!

TODOS. ¡Viva! (Vánse todos los negros.)

AMP. ¡Qué presto  
se retiraron!

JUAN. ¡Si quieren  
á don Manuel con esceso!

MATEO. ¿Vé usted como ya se cumple  
lo que le estaba diciendo?  
El esclavo en siendo libre...

MANUEL. ¡Sabrá respetar á aquellos  
que, como yo, nunca abusan  
de su poder y sus fueros!

MATEO. ¿Conque es decir, don Manuel?...

MANUEL. ¡Que usted faltó, don Mateo!

(Se saludan afectuosamente ALBERTO, D. MANUEL y AMPARO. JUAN y ALBERTO figuran irse fuera del ingenio. Los demás entran en las habitaciones interiores. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Sala blanca.—Interior del ingenio de DON MATEO.—Puertas laterales y al foro.—Mesas, sillas etc.

### ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL Y DON MATEO.

- MATEO. ¡Por fin del susto salí!  
¡No olvidaré, don Manuel,  
su bondad!... ¡Gracias á él,  
á este mi ingenio volví!
- MANUEL. Que todo está en calma noto.
- MATEO. Sí; ya los negros tenaces,  
temiendo á los capataces,  
cesaron en su alboroto.  
No volver han prometido  
á repetir igual caso;  
más con todo, por si acaso,  
bueno es vivir prevenido.
- MANUEL. ¿Y qué piensa usted hacer?
- MATEO. Quedarme con los mejores,  
y á los alborotadores  
sin más remedio vender.
- MANUEL. ¡Repare usted que la trata  
está por la ley vigente  
prohibida, y moralmente!...
- MATEO. Con un capitan pirata  
y negrero mercader  
tengo tratada la venta.  
¡Cara han de pagar la afrenta

- del alboroto de ayer!
- MANUEL. Repare usted, don Mateo, que le puede costar caro.
- MATEO. ¡Don Manuel, ya no reparo en nada!
- MANUEL. ¿Por lo que veo, quiere usted con lo que hace, sin pensarlo seriamente, que sin piedad esa gente le coja y le despedace?
- MATEO. Por eso tengo ansiedad de poner fin al asedio.
- MANUEL. ¡Pero vá á ser el remedio peor que la enfermedad!
- MATEO. ¡Que sea! ¡No me dá pena! Hoy vendo la mercancía.
- MANUEL. ¡Qué sacrilegio! ¡Hoy! ¡El día clásico de Noche-buena!
- MATEO. ¡No me importa!
- MANUEL. ¡Tal accion!
- MATEO. ¡A sus ruegos seré sordo! Que vayan á hacer á bordo de un buque la colacion. En él comerán el rancho del pirata, ¡que lo prueben! Y luego allí, si se atreven, que muevan un zafarrancho.
- MANUEL. ¡Tiene usted poca aprension!
- MATEO. Porque á sufrir no me avengo, ¿verdad? Lo que yo no tengo...
- MANUEL. Me hago cargo. (¡Corazon!)
- MATEO. Gana de morir calzado.
- MANUEL. Pues permita usted que crea que si realiza esa idea, de fijo, muere arrastrado.
- MATEO. Don Manuel.. ¡Estoy confuso! Al ver que se esceden...
- MANUEL. ¿Yo?
- MATEO. Estoy en mi casa, y no le consiento...
- MANUEL. Yo nunca abuso.

- ¡Dispéñseme usted si trato de poner á su mal coto!  
Con harta sorpresa noto que es usted un poco ingrato.
- MATEO. Yo soy un leal amigo, aunque no lo crea así.  
En cuanto á ingrato, usted sí que lo es para conmigo.
- MANUEL. ¡Estraño que me dirija esa expresion!
- MATEO. ¿Ha olvidado que habia solicitado yo la mano de su hija, y que era más acreedor á ella, segun opino, que no ese jóven marino tarambana y seductor?
- MANUEL. No debe usted estrañar mi conducta.
- MATEO. ¡Más conmigo!...
- MANUEL. Ya sabe usted lo enemigo que soy yo de esclavizar, mucho más cuando se tiene un plan, al que no me asocio.  
La boda será un negocio, pero á mí no me conviene.
- MATEO. En cambio... ¡para aprension! accederá usted, replico, á casarla con un chico sin juicio, sin posicion.
- MANUEL. Será probable que sí.
- MATEO. No parta usted de ligero.
- MANUEL. Si ella quiere...
- MATEO. Lo primero, y créame usted á mí, es el negocio.
- MANUEL. En cuestiones de tamaña trascendencia, miro con indiferencia el negocio... los millones. ¡Que vivan en la estrechez,



- pero que vivan dichosos,  
como dos buenos esposos!...  
¡Sobre todo la honradez!
- MATEO. Todo buen capitalista  
debe aspirar al aumento...
- MANUEL. Amigo mio, lo siento,  
pero no soy egoista  
hasta ese punto.
- MATEO. ¿Es decir?
- MANUEL. Que más que á usted no le cuadre,  
ahora mismo, á ver al padre  
de ese jóven voy á ir.  
Y si en efecto es formal  
su tierna solicitud,  
la ventura, la quietud  
de mi hija, es lo principal.
- MATEO. ¡Recibiré dicha inmensa! (Con intencion.)
- MANUEL. ¡Yo más!
- MATEO. (Mal puedo mi encono  
reprimir! ¡No les perdono  
ese desprecio, esa ofensa!)
- MANUEL. Tengo bastante que hacer.
- MATEO. ¿Ya se va usted?
- MANUEL. Sí, le dejo.  
Sobre todo, le aconsejo  
que no proceda á vender  
los esclavos.
- MATEO. ¡No preciso  
de consejo que es tan grande!  
¡Gracias... por todo!
- MANUEL. ¡Usted mande!  
(¡Qué infame!) Con su permiso.  
(Vase saludando.)

## ESCENA II.

D. MATEO y DOMINGO.

- MATEO. En brazos de la esperanza  
les sonrie el porvenir;  
más juro que han de sentir

el peso de mi venganza.  
 DOMINGO ¡Señor! (Saliendo.)  
 (negro.)  
 MATEO. ¿Quién es?  
 DOM. Un marino  
 al parecer, que ha llegao,  
 y dice que á su mercé  
 quiere hablarle.  
 MATEO. (¡Será acaso  
 mi rival!) Que éntre. Tal vez  
 sea el pirata que aguardo. (Váse DOMINGO.)

### ESCENA III.

BALTASAR, capitan negrero, y D. MATEO. DOMINGO sale tambien,  
 observa á BALTASAR y se marcha por la puerta primera de la  
 derecha.

BALT. ¿Dá su permiso?  
 MATEO. ¡Adelante!  
 BALT. ¿El mismo!  
 MATEO. ¡Yo soy exacto!  
 Cumplo como buen marino,  
 aunque soy pirata malo.  
 Rudo, impasible al dolor,  
 con un corazon de mármol,  
 ni me acobarda el peligro,  
 ni falto jamás á un trato.  
 MATEO. ¿De veras? (¡Este es mi hombre!  
 ¡si pudiera yo explotarlo!)  
 BALT. ¿Podemos hablar con toda  
 satisfaccion?  
 MATEO. No hay cuidado.  
 BALT. Hace tiempo me propuso  
 la compra de unos esclavos.  
 Anoche mismo, en que hoy  
 viniera á verle quedamos.  
 Me citó á las cuatro en punto,  
 y aquí me tiene: las cuatro.  
 (Sacando un reloj.)  
 MATEO. ¡Eso me gusta! En cuestion

- de negocio, es necesario  
ganar tiempo, porque el tiempo  
es oro.
- BALT. ¿Sí? ¡Pues al grano!  
Cuántos son, el precio de ellos,  
y á ver si nos arreglamos.  
¿Supongo que estarán útiles  
y fuertes para el trabajo?  
Le advierto que está hoy en baja  
la carne negra. Ese tráfico  
no ofrece más garantías,  
gracias á los partidarios  
de las ideas modernas,  
que peligros en el charco,  
vivir siempre receloso,  
y apenas sacar el gasto.  
Sólo á lejanas regiones  
la mercancía llevando,  
se puede medio sacar  
algun producto.
- MATEO. ¡No estamos  
conformes! Hay que advertir,  
mi amigo, que si es al cabo  
un hecho la abolicion,  
deberán indemnizarnos,  
y entonces...no hay que dudar!  
más que perdemos, ganamos.
- BALT. ¡Está bien! Yo me aventuro,  
y comercio á todo trapo.
- MATEO. Mi deseo es deshacerme  
de unos veinte: entre ellos, varios  
criollos de corta edad,  
que son muy buenos muchachos,  
y tres magníficos perros  
de presa, ya acostumbrados  
á cazar.
- BALT. Y todo junto,  
¿no podemos saber cuánto  
vale?
- MATEO. Despues trataremos  
de los precios más despacio.

- Ahora, si á usted le parece, vágame á ver la gente vayamos.
- BALT. Le advierto que si me quedo con ellos, de usted reclamo las escrituras firmadas con fecha de algunos años atrás; y que de ese modo... soy el legítimo amo.
- MATEO. Ya comprendo: quiere usted tener para su resguardo documentos especiales...
- BALT. Como está tan delicado este asunto...
- MATEO. Eso me gusta y la prevision aplaudo. Con tal que me deje usted libre de esos mentecatos, seré capaz de firmar cuantos documentos falsos me reclame.
- BALT. En la cartera traigo yo papel sellado de varias épocas.
- MATEO. ¡Eso se llama ser!...
- BALT. Hombre cauto nada más. Lo que sí quiero, y es conveniente para ambos, que ninguno se aperciba, ni sospechen los esclavos nuestra idea. Poco á poco, yo me los iré llevando de dos en dos... ¡y una vez en mi poder!...
- MATEO. Castigados tengo en el cepo á los más rebeldes y temerarios.
- BALT. Yo les pondré la piel roja á fuerza de latigazos.
- MATEO. Por aquí: sígame usted, los iremos revisando. (Vánse, izquierda.)

## ESCENA IV.

DOMINGO (negro), saliendo.

DOM. ¡Se marchan! ¡No sé por qué  
la traza no me ha gustado  
del forastero, de fijo  
que meditan algo malo!...  
¡Quizás pretende vendernos,  
convirtiendo en un mercado  
el ingenio!... ¡No lo dudo!  
¡De todo es capaz el amo!  
Hoy la Noche-buena es,  
la que celebran los blancos  
con regocijo, y nosotros...  
¡hay séres más desgraciados!  
sumidos en el dolor,  
entre cadenas llorando.

## ESCENA V.

DOMINGO, JUAN y un ESCLAVO.

JUAN. Puedo entrar (Al ESCLAVO.)  
ESC. ¿Pero á quién busca?  
JUAN. ¡Busco al mismo propietario  
del ingenio!  
DOM. Juan, ¿qué quieres?  
JUAN. Cumplir con un deber santo  
de gratitud, y velar  
por las vidas de mis amos.  
DOM. ¡De fijo que no serán  
tan infames é inhumanos  
como el nuestro!  
JUAN. ¡Le conozco  
hace ya bastantes años!  
DOM. ¡Todo lo temo de él,  
porque es un vil, un tirano!  
Hoy, que es el día más grande  
para todo hombre sensato,

me temo... ¡Dios no lo quiera!  
¡que desprendidos seamos  
de los trozos más queridos  
del corazón!

JUAN.

¿Qué ha pasado?

DOM.

He visto entrar en la casa  
un hombre, cuyo recato  
y semblante sospechoso  
me hace temer, y no en vano,  
por la vida de mis hijos,  
de mis pobres hijos huérfanos.  
Quisiera engañarme, pero  
según lo que he observado,  
tratan de que se convierta  
el ingenio en un mercado  
infame de sangre humana,  
¡en un día que es tan santo!

JUAN.

¡Qué diferencia de ideas,  
de sentimientos humanos!  
Mientras él en esta casa  
procura sembrar el llanto  
y el luto, la señorita  
prometida de mi amo  
quiere servir á la mesa  
la comida á los esclavos.

DOM.

¿Y quién es?

JUAN.

¿Quién ha de ser?

¡La más hermosa y amparo  
de la raza desvalida  
de los negros; el encanto  
del corazón de un marino  
que es todo bondad!

DOM.

¡No alcanzo!...

JUAN.

La hija de don Manuel,  
el más digno ciudadano  
de la Isla, el sólo dueño  
del ingenio de aquí al lado.

DOM.

Le he visto salir há poco  
de aquí. ¡Gracias á su tacto,  
don Mateo salvar pudo  
la vida, que aprecia tanto!

- Ayer, si no es por el mucho cariño que profesamos á don Manuel, de seguro, que entre todos le arrastramos.
- JUAN. ¿Conque dices que la venta quiere realizar al cabo en un dia como este?
- DOM. Eso me temo, con harto sentimiento, no por mi, que estoy bien desengañado de que no es posible hallar para nosotros descanso. ¡Cómo dejar de servir á tan infame sicario del cristianismo! Lo temo por mis dos hijos amados, que quizás sean hoy mismo arrancados de mis brazos, sin compasion.
- JUAN. ¡No tenemos sangre, si eso presenciamos con serenidad! Yo vengo en su busca, por encargo de mi señor; y si asiste á la cita que le traigo, no se realiza la venta, porque de fijo, lo mato.
- DOM. ¡Hijos del alma! Sufriendo están en cepo amarrados las iras de ese avariento mercader, baldon nefando de la humanidad!
- JUAN. ¡Y estrañan que los negros nos unamos!...
- DOM. Yo, de veras te lo digo. Juan, si soy tan desgraciado que me quieren separar de mis hijos, en el acto, á la cumbre de la peña más elevada me marchó, al fondo me precipito

JUAN. y con mi existencia acabo.  
¡Calma! ¡Confianza en Dios!  
Quizás no esté muy lejano  
el momento en que por fin  
de la esclavitud seamos  
redimidos.

DOM. ¡Esperanza!  
¡Nombre hueco! ¡Nombre vano!  
¡Estamos con ella ya  
padeciendo tantos años!...

JUAN. ¡Siento rumor!

DOM. ¡Ellos son!  
¡Ocultémonos, y oigamos!

(Se ocultan á la derecha.)

### ESCENA VI.

DON MATEO y BALTASAR, saliendo.—DOMINGO y JUAN, ocultos escuchando.

BALT. Es carne muy trabajada,  
que poco producto deja.  
Además, hay gente vieja,  
que no sirve para nada.

MATEO. No me sorprende, á fé mia,  
ni lo creo un disparate,  
que usted con desprecio trate  
la propuesta mercancía.  
Más yo, que sé con certeza  
la buena compra que es,  
quiero por lo menos tres  
cientos pesos, por cabeza.

BALT. ¡Es muy caro! No me aferro,  
ni á ese gasto me aventuro.

MATEO. Además, duro tras duro,  
setenta por cada perro.  
Toda es gente varonil,  
trabajando sobresale;  
lleva usted negro que vale,  
no trescientos, sino mil.

BALT. Lo que yo le doy por esos



esclavos, de *pobre* raza,  
y los tres perros de caza.  
son...

MATEO.

Diga usted.

BALT.

¡Seis mil pesos!

MATEO.

¡A su buen criterio invoco!

Eso no me satisface.

BALT.

Pues si el precio no le place...

á mi me gusta hablar poco.

Son compras aventuradas

y de pérdidas seguras...

Conste que las escrituras,

si acaso, han de ser firmadas

á mi gusto.

MATEO.

No me opongo.

Pero repare que el trato

no puede ser más barato.

BALT.

¡Ya sabe usted que me expongo!...

En las crisis actuales

es una venta... no mala.

Haga cuenta que regala

los perros...

MATEO.

¿Los animales?

Pues si los quiero yo más,

por lo nobles y lo bravos

que á mis mejores esclavos!

BALT.

Podrá ser así quizás;

pero yo de otra manera

lo conceptúo. Acabemos.

¿Hacemos trato, ó no hacemos?

Porque mi gente me espera:

tengo que hacer.

MATEO.

Deseara,

que ya que hemos procedido

á verlos... ¡Pero ha ofrecido

tan poco!... Suba la tara.

BALT.

No puedo más.

MATEO.

¡Está bien!

En que no será confío,

ni lo de usted, ni lo mío.

Que sean los seis mil cien.

- BALT. ¡Es mucho!
- MATEO. ¡Ya vé que yo cuanto es posible rebajo!  
¡Toda es gente de trabajo!
- BALT. ¿Acepta usted, si ó nó?  
Lo bastante he ofrecido.  
Si acepta, pronto acabamos;  
las escrituras firmamos,  
y negocio concluido.  
No me gusta malgastar  
el tiempo. No me reproche,  
para que esta misma noche  
me pueda algunos llevar.
- MATEO. Si tales son sus empeños,  
que darle gusto tendré.
- BALT. Lo primero empezaré  
por llevarme los pequeños,  
los hijos: cuando entregados  
estén al sueño, mi gente  
hará que inmediatamente  
sean á bordo llevados.
- DOM. (¡Qué oigo!) (Oculto.)
- JUAN. (¡Pobres criaturas!) (Id.)
- BALT. Conque... ¿aceptado?...
- MATEO. ¡En buen hora!  
¡Vamos de aquí sin demora  
á estender las escrituras!
- (Vánse MATEO y BALTASAR.)

## ESCENA VII.

JUAN y DOMINGO saliendo.

- JUAN. ¡Valor! (Reconcentrada toda la escena.)
- DOM. ¿Quién puede escuchar  
tales palabras en calma?...  
¡Son los hijos de mi alma  
los que se quieren llevar!
- JUAN. ¡Esa miserable accion  
á la humanidad afrenta!
- DOM. ¿Quién puede poner en venta  
lo que es de mi corazón?

¡Sin mis hijos voy á verme!

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré?

¿A qué angel recurriré  
que quiera favorecerme?

ESCENA VIII.

Los mismos y CLEMENTINA.

CLEM. ¡Juan! (Saliendo precipitadamente.)

JUAN. ¡Clementina! ¿Tú aquí?

CLEM. ¿Y tu señor?

JUAN. No ha venido  
todavía, más le espero.

CLEM. ¿Es cierto lo que le han dicho  
á mi señora?

DOM. ¡Ah, qué idea!

(¡Ella podrá!.. ¡Sí, de hijo!)

¡Adios, Juan!

JUAN. ¿A dónde vas?

DOM. A salvar á mis dos hijos. (Váse.)

CLEM. Díme, no me ocultes nada.

¿Es cierto que un desafío  
vá á tener lugar aquí?

JUAN. Así habian decidido,  
pero no se efectuará.

CLEM. ¿Nos lo prometes?

JUAN. Lo afirmo.

Si don Mateo tuviera  
corazon para admitirlo,

jamás lo consentiría;

porque no le creo digno

de cruzar sus balas con  
las balas de un buen marino.

No haya temor; mil perdones

pedirá á sus piés rendido.

¡Le conozco demasiado!...

Ningun cobarde asesino

tuvo valor nunca, para

batirse como es debido.

CLEM. ¡Pudiera alevosamente

vencerle!...

- JUAN. Por eso mismo  
estoy acechando aquí,  
y no saldré de este sitio  
hasta quedar satisfecho  
de que no corre peligro.  
¡Otros son, muy diferentes  
sus miserables designios!  
¡En vender á sus esclavos  
está muy entretenido  
ese pirata!
- CLEM. ¡Qué escucho!  
¡Hoy, día de tanto júbilo  
para todos, quiere en luto  
y lágrimas convertirlo!
- JUAN. ¡Si no tiene corazón!
- CLEM. ¡Qué proceder tan distinto  
el de mis amos!.. ¡En ellos  
todo es bondad! ¡Ya lo has visto!
- JUAN. ¡La señorita es un ángel,  
amparo del desvalido!
- CLEM. Corro á consolarla.
- JUAN. Si.  
Dile que puede tranquilo  
descansar su corazón,  
por el temor abatido;  
que fie en mi lealtad,  
en mi acendrado cariño,  
que ya sabe que yo velo  
por mi amo con ahinco. (Váse CLEMENTINA.)  
Triste vida la del pobre  
esclavo, al oro vendido  
de un mercader. ¡Separarle  
sin compasión de sus hijos!  
Si para tal felonía  
no hay en el mundo castigo...  
¡Y yo necesito hablarle!  
Así se lo he prometido  
á mi señor... si no cumplo,  
espongo su honra.—A este sitio  
se dirigen: observemos  
hacia esta parte escondido. (Se ocuta.)

## ESCENA IX.

BALTASAR, D. MATEO, un capataz de negros, con un candelabro de cuatro luces que deja sobre la mesa; JUAN oculto.

- BALT. Está anocheciendo. A eso de las ocho, haré efectivo el pago de los seis mil pesos; que estén prevenidos los muchachos... con mordazas; así evitamos los gritos.
- MATEO. ¿Las escrituras están en toda regla?
- BALT. Sí.
- MATEO. ¿El pico de los dos mil?...
- BALT. Nada tema, don Mateo, ya le he dicho que yo no falto jamás á mis tratos.
- MATEO. ¡Convenidos!
- ¡A las ocho... aquí sin falta!
- BALT. ¡Prudencia, y mucho sigilo!
- (Se dan las manos, y véase el capitán.)
- MATEO. Tú, buen Gaspar, que eres uno de los capataces míos más leales, tratarás de cumplir cuanto te digo sin que nadie del ingenio se aperciba.
- GASP. ¡Yo os lo fio!
- MATEO. Sobre todo, que los padres ignoren...
- GASP. ¡Eso de hijo!... descuidad.
- MATEO. Yo premiaré como debo tus servicios.
- GASP. ¡Alguien se acerca!
- MATEO. ¡Silencio!
- Ya sabes... si es el marino

que te indiqué... á pocos pasos  
de aquí... (Con misterio.)

JUAN. ¡Cielos! ¿Qué he oido?) (Oculto.)

MATEO. En la cañada vecina  
hay un solitario sitio  
donde poder despacharle  
prontamente, y sin ruido.

NEGRO. Un caballero pregunta (Saliendo.)  
por su mercé.

MATEO. ¿Y no ha dicho  
su nombre?...

NEGRO. No.

MATEO. Di que pase. (Váase el negro.)

¡Él será! Tú precavido (A GASPAS.)  
vela por mí.

GASP. Está muy bien.

MATEO. Observa, y al menor grito...

GASP. Comprendo...  
(Echando mano al cuchillo y retirándose.)

JUAN. ¡Llegó el instante! (Oculto.)  
¡Vigila, corazón mio!

### ESCENA X.

D. MATEO, ALBERTO Y JUAN, oculto.

ALB. No estrañará, caballero,  
mi visita...

MATEO. No me olvido  
de que ayer sus amenazas,  
su porte bizarro, altivo,  
provocaron para hoy  
entre ambos un desafío.

ALB. Mejor dirá que su poca  
atencion, y su escesivo  
coraje, fueron la causa...  
lo que el duelo ha promovido.

MATEO. No me arrepiento, y hoy más  
que la persuasion abrigo  
de que es usted por el padre  
de Amparo favorecido.

- deshaciendo la esperanza  
de todo el porvenir mio,  
quiero lavar con su sangre  
el desprecio recibido.
- ALB. Siento mucho que obcecado,  
no porque tema el peligro,  
que mil veces lo arrostré  
del mar en el ancho abismo,  
quiera turbar con un duelo  
de esta noche el regocijo;  
pero si se empeña...
- MATEO. ¡A pocos  
pasos de aquí...! (Muy marcado.)
- ALB. Le suplico  
que recapacite bien,  
con calma, lo sucedido;  
ó al menos, que respetando  
la noche en que Jesucristo  
nació, quede, si le place,  
nuestro duelo suspendido  
hasta otro día.
- MATEO. ¡Será  
que teme acaso el marino  
que los cielos nos castiguen  
por tan pequeño delito? ...  
Un balazo más ó menos  
no interrumpe nunca el júbilo  
popular; por el contrario,  
lo aumenta, pues es sabido,  
que son salvas de placer  
en estas fiestas, los tiros.
- ALB. No quisiera aprovecharme  
de su ciego desvarío  
en esta lucha, pues tengo  
la certeza...
- MATEO. ¡Ya adivino  
lo que pretende!...
- ALB. ¡En mí nunca  
cabe pensamiento indigno!
- MATEO. Quiere ocultar á la sombra  
de sus generosos bríos

- un rasgo de cobardia...  
 ALB. ¡Cobarde yo! ¡Qué he oído!  
 ¡Y se atreve á recelar!...  
 ¡Designa armas!
- MATEO. Pues elijo  
 mis pistolas, por seguras.  
 ¡A veinte pasos! El sitio  
 no está muy lejos.
- ALB. Corriente.
- MATEO. ¡Dios será nuestro testigo!  
 ¡Ola! (Llamando.)
- GASP. ¡Señor!
- MATEO. Al cuidado  
 te quedas... ¡En tí confío!  
 (Con marcada intencion.)
- JUAN. (¡Cielos! ¡Le van á matar!) (Oculto.)
- MATEO. Cuando gustéis.
- ALB. Ahora mismo.  
 (Vánse MATEO y ALBERTO.)
- GASP. ¡Ya comprendo lo que quiere!  
 Que le siga es su propósito,  
 y una vez allí, ¡que yo  
 me convierta en asesino!  
 Es buen amo, paga bien,  
 y hay que servirle... ¡Al avio!  
 (Vá á marchar y JUAN le detiene.)
- JUAN. ¡Ni un paso más! (Saliendo.)
- GASP. ¡Juan, aparta!
- JUAN. ¡Antes muerto! ¡Alto, mi amigo!  
 ¡De aquí no se sale!
- GASP. ¡Teme  
 mi furor! (Sacando un cuchillo.)
- JUAN. ¡Eh! ¡Quietecito!  
 (Sacando una pistola y apuntándole.)  
 ¡Vé que si no me obedeces,  
 el corazon te divido!  
 ¡Hombres son: que frente á frente  
 se batan, segun es licito!  
 ¿Queriais asesinarle?  
 (AMPARO saliendo, seguida de CLEMENTINA y com-  
 parsas negros, figurando que ha oído las últimas pa-  
 labras de JUAN. DOMINGO tambien sale con ellos.)



AMP. ¡Qué he escuchado! ¡Dios mio! ¡Vive!  
 ¡Asesinarle?  
 JUAN. ¡Señora! (Turbado.)  
 AMP. ¡Responde! ¡Yo te lo pido  
 por lo más santo! ¡Tu amo  
 dónde está? ¡Sé fiel conmigo!

ESCENA XI.

AMPARO, CLEMENTINA, DOMINGO, NEGROS, JUAN Y GASPAR.

JUAN. ¡Tranquilizaos, señora!  
 AMP. Dime lo que ha sucedido.  
 JUAN. ¡Dispensadme!  
 AMP. ¡No me engaño!  
 ¡Corre! ¡Vé, préstale auxilio!  
 JUAN. ¡Compañeros! ¡Que ese hombre  
 no se mueva de este sitio!  
 (A los negros. Váse.)  
 AMP. ¡Id tras él! ¡Y tú, Domingo,  
 (A sus esclavos, que salen.)  
 salva su vida, que yo  
 prometo salvar tus hijos!  
 (Váse Domingo. Suenan dos disparos próximos.)  
 ¡Esos disparos! ¡Ya es tarde!  
 ¡Cielos! ¡Si habrá sucumbido!...  
 CLEM. ¡Señora! ¡Fíad en Dios,  
 que protege al buen marino!  
 AMP. ¡En un día como este  
 consumir un desafío!  
 ¡Qué baldón!  
 CLEM. ¡Si en esta casa  
 no hay más ley que el egoísmo!  
 ¡No han verificado ya  
 la venta, según me han dicho,  
 de veinte pobres esclavos,  
 entre ellos los pobres niños  
 de ese infeliz!—¡Alguien viene!  
 ¡Tan pronto! ¡Ellos son! (Yendo al foro.)  
 AMP. ¡Qué ruido! (Yendo á mirar al foro.)  
 DOM. ¡Viva nuestro protector!

TODOS. ¡Vival!

CLEM. ¡Señora! Es Domingo  
y vuestros criados, que  
saludan al señorito.

AMP. ¡Se ha salvado! Virgen Santa,  
mis súplicas has oído!

### ESCENA XII.

Los mismos, ALBERTO, DOMINGO, JUAN, DON MATEO, comparsas  
negros.

CLEM. ¡Aquí le teneis!

ALB. ¡Amparo!

MATEO. (¡Cielos! ¡Ella!)

AMP. ¡Alberto mio!

MATEO. (¡Qué humillacion!)

ALB. No fué nada.  
¡Tranquilízate! Ofendido  
el señor injustamente,  
salió á batirse conmigo.  
Yo queria no turbar  
de la noche el regocijo,  
más tanto instó...

JUAN. Claro está.  
Tenia en su domicilio  
pagada ya vuestra vida...

MATEO. Qué están en él les aviso.

JUAN. En fin, cosas de las cuales  
yo me encargo. No ha querido  
hacer mal uso del arma,  
y se contentó benigno,  
despues de haber disparado  
el primero su enemigo,  
con apuntar y decirle:  
«Delante de un buen marino  
no merece estar cubierto  
un pirata.» Salió el tiro,  
y se le llevó la bala  
el sombrero. Convencido  
de la prueba su adversario,

- con ella se satisfizo.
- AMP. ¡Basta ya! Entre caballeros todo rencor es indigno: despues del duelo, es nobleza el resultar más amigos.
- Don Mateo, usted perdone lo que ofensa haya creído; y usted, Alberto, si aprecia mi amistad, haga lo mismo.
- ¡Recordemos que esta noche vino al mundo Jesucristo!
- MATEO. ¡Yo, en su nombre, que perdonen sus ofensas les suplico! Con un cubierto en lá mesa de mi padre les invito, y volviendo nuestros ojos á éstos séres desvalidos que gimen entre cadenas, dulcifiquemos unidos sus dolores, y partamos con ellos el pan bendito.
- JUAN. (¡Es un ángel!)
- CLEM. ¡Qué bondad!
- MATEO. (¡Ódio y venganza respiro!)
- DOM. ¡Ah señora! ¡Permitid que á vuestras plantas sumiso, bese un padre desgraciado sus huellas enternecido, y recordad que pretenden separarme de mis hijos!
- ¡No lo dudeis, que ya están inicuamente vendidos!
- MATEO. ¡Miserable! (Amenazándole con el látigo.)
- AMP. ¡Don Mateo, por piedad! (Interponiéndose.)
- MATEO. ¿Y quién ha dicho?..
- JUAN. Yo, que presencié la venta en un rincon escondido.
- MATEO. Pues bien: ¿para qué negarlo? Es cierto, y es el castigo que les doy por el motin

- de ayer.
- AMP. ¡Infelices niños!
- MATEO. Vé por ellos, y que sean á mi presencia traídos.
- (Váase GASPARE.)
- AMP. Don Mateo, piense usted en que ellos, los pobrecitos, no tienen culpa...
- ALB. Que ahora, el privarles del cariño paternal, es moralmente matarlos.
- MATEO. Ya no es posible remediarlo. He recibido el dinero.
- DOM. ¡Por piedad, señor!...
- MATEO. ¡No, ya no son míos!
- DOM. ¡Yo le pagaré el favor trabajando con ahinco!
- AMP. La cantidad que le han dado por ellos, la facilito con gusto yo.
- MATEO. He comprendido el interés que usted tiene por esos tiernos cautivos, y eso basta para que... yo rehuse el beneficio.
- ALB. ¡Qué infamia!
- JUAN. ¡Sí merecía!...
- DOM. ¡Señor, por Dios se lo pido!
- MATEO. ¡Llévadle de mi presencia! (A sus negros.)
- DOM. ¡Ah! ¡No! ¡No! Yo os lo suplico; ¡dejadme partir con ellos!
- ¡Ya que su sangre ha vendido!
- ¡No los separeis de mí!...
- Pues bien: para que negarlos es cierto, y es el castigo que les doy por el malin...

## ESCENA XIII.

Los mismos; GASPARD y dos niños negros, atados.

NIÑ. 1.º ¡Padre del alma!

DOM. ¡Hijos míos! (Abrazándoles.)

NIÑ. 1.º ¿Dónde nos llevan?

AMP. ¡Atados!

ALB. ¡Tiene el corazón de risco!

¡Imposible consentir!...

MATEO. Dentro de mi domicilio  
mando yo, y en él se hace  
mi voluntad.

DOM. ¡Dios divino!

ALB. Le doy por ellos el doble  
de su dinero.

MATEO. ¡No admito!...

¡No puedo admitir! ¡Ya es tarde!

## ESCENA XIV.

Los mismos; BALTASAR y comparsas piratas.

JUAN. ¡Vienen por ellos!

DOM. ¡Dios mío!...

BALT. Señor don Mateo...

MATEO. ¡Vedle!

Este es el dueño esclusivo.

ALB. No dudo que accederá

á mis ruegos, si es marino.

Camarada...

BALT. Yo venia... (Receloso.)

á traerle á usted el pico

que le adeudo, y además...

DOM. Por mis desgraciados hijos,

¿no es verdad? Pero primero

me habeis de arrancar á tiros

el corazón.

MATEO. ¡Ola! ¡Eslavos! (A los negros.)

BALT. ¡Parece que tiene bríos!

- ALB. ¿Puedo saber en qué precio los ha comprado, mi amigo?
- BALT. Estos y diez y ocho más, en seis mil pesos.
- ALB. Duplico la cantidad.
- MATEO. Ya es empeño. ¡A dar por ellos me obligo...! catorce mil!
- AMP. ¡Habrá infame!
- ALB. ¡Diez y seis mil! ¡No vacilo!
- MATEO. ¡Seis mil más! ¡Veintidos! ¡No han de lograr sus designios! Pero á condicion de que os los lleveis ahora mismo.
- BALT. ¡Vamos! Que el tiempo se pierde.
- AMP. ¡Cuanto logre en efectivo por mis joyas y aderezos!
- MATEO. ¡Cuanto vale este edificio!
- MANUEL. ¡Vamos pronto! Separadlos.  
(Dentro, y acompañamiento de negros, voluntarios de la Isla, paisanos blancos, mulatos, etc., con hachas encendidas y en tumulto.)
- DOM. ¡Compasion para mis hijos!!...
- MANUEL. ¡Abajo la esclavitud!
- TODOS. ¡Abajo!

## ESCENA XV.

Los mismos, D. MANUEL, voluntarios, negros con hachas de viento encendidas.

- AMP. ¡Es él! ¡Padre mio!
- MATEO. ¿Qué es esto? ¿Quieren acaso allanar mi domicilio?
- MANUEL. Quieren... Lo que ya el gobierno nacional ha concedido. ¡Oid todos!... ¡Viva España!
- TODOS. ¡Viva!...
- MANUEL. ¡Sois libres!
- ALB. ¡Vencimos!

MANUEL. «En el nombre de Dios, la moral y la justicia, queda abolida la esclavitud!...»  
¡Viva el Gobierno democrático!

TODOS. ¡Viva!

(En este momento suenan las músicas de los voluntarios, tocando la Marsellesa.)

MANUEL. Regocijaos: El himno de la Marsellesa anuncia la libertad al cautivo.  
¡Perdon á vuestros verdugos!  
¡Sois libres!... ¡Sed compasivos! (Cae el telo .)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto: una gran mesa parada, en segundo término; á la que están sentados los esclavos.

### ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL y DON MATEO en primer término. CLEMENTINA y AMPARO sirviendo á la mesa.

MANUEL. ¡Mírela usted cuán hermosa,  
y ellos cuán agradecidos!  
¡De los seres desvalidos  
es la hermana cariñosa!...  
Que ser libres, no podrán,  
dicen, faltos de costumbre,  
los que con tal mansedumbre  
comiendo á la mesa están.

MATEO. ¡De todo cuanto aquí pasa  
tiene usted la mayor culpa;  
si no merece disculpa  
esa abnegacion sin tasa!...  
Es preciso comprender,  
por más que le den mil bravos,  
que el servir á los esclavos  
es su clase enaltecer.

MANUEL. Quiero la Natividad  
celebrar con toda pompa,  
y que las cadenas rompa  
la santa fraternidad.



- MATEO. ¡Es hecho que le dá fama,  
pero de gran trascendencia!...  
Como anoche la imprudencia  
de leer el telegráma...
- MANUEL. Confiese usted francamente  
que era de peor resultado  
lo que usted habia tratado...  
¡Vender á esa pobre gente!
- MATEO. ¡Ola! Y gracias que ha querido  
usted dar los seis mil pesos,  
que era el precio de la trata,  
á lo que accedió el pirata  
temiendo rudos escesos;  
que si no, me luzco yo!
- MANUEL. ¡Pues no sabe, don Mateo,  
cuánto me alegre!
- MATEO. Lo creo.
- MANUEL. ¡Y no me arrepiento, no!  
¿Dónde hay placeres más fijos,  
ni más bien, ni mejor palma,  
que devolver con la calma  
á esos dos padres los hijos?
- MATEO. ¡Como usted no vi ninguno!  
¿Y tendremos, si en efecto  
se realiza ese proyecto,  
que pagar á cada uno?...
- MANUEL. Si señor.
- MATEO. ¡Ya es otro mal!
- MANUEL. Pero, hombre, seamos francos;  
¿pues qué, nosotros los blancos  
trabajamos sin jornal?
- MATEO. ¡Buen Tiberio será este!  
Mi propio interés me obliga  
á establecer una Liga  
de hombres grandes que proteste.
- MANUEL. ¡Pues yo voy á celebrar  
una manifestacion  
en pró de la abolicion  
y reformas de Ultramar!
- MATEO. Estos serán los primeros  
que su deber no comprendan,

- y se pasen y se vendan  
luego á los filibusteros.
- MANUEL. Don Mateo, es un error  
de los muchos esparcidos:  
tambien son agradecidos  
estos hombres de color.  
Yo creo, por el contrario,  
que al grito de ¡viva España!  
en el bosque y la montaña  
batirán á su adversario.
- MATEO. Si ya ha llegado á su colmo  
la medida, no lo espere,  
don Manuel; lo que usted quiere  
es pedir peras al olmo.  
¡Ya vé usted si me he librado  
de buena! ¡Milagro ha sido!
- MANUEL. ¡Pero dá usted al olvido  
lo mal que los ha tratado?
- MATEO. ¿Quién corrige, no por cierto,  
á esa gente montaraz?  
¡Si el más débil es capaz!...  
¡Si son tigres del desierto!...  
¡Hay que cazarlos con red!
- MANUEL. ¡Pues yo estoy muy satisfecho  
de ellos, en el mero hecho  
de que no han matado á usted!
- MATEO. ¡Su argumento no concibo!
- MANUEL. Pues lo diré sin reparo.  
Se lo merecía ¡claro!  
porque ha dado usted motivo.
- MATEO. ¡Ya de los límites pasa,  
y no lo consiento, no!  
Aunque es verdad que si yo  
he vuelto á pisar su casa,  
ha sido...
- MANUEL. ¡Por la amistad  
que siempre le he profesado?
- MATEO. No, porque habia quedado  
en darme esa cantidad...
- MANUEL. ¿Los seis mil pesos?
- MATEO. Y el pico.

MANUEL. Venga usted, y prontamente...  
¡Por libertar á esa gente  
con gusto me sacrificio!

(Vánse, izquierda.)

ESCENA II.

AMPARO, CLEMENTINA y ESCLAVOS que la rodean, entre ellos  
DOMINGO.

- AMP. ¡Amigos míos! ¡Conservad ilesa  
en la memoria la merced que os hago,  
partiendo de mi mesa los manjares  
entre vosotros, con cariño santo!  
¡Nunca más venturosa que este día  
á honrar á Jesucristo consagrado!  
El dijo: «Los esclavos serán libres;»  
y aunque yo nunca tuve al sér humano,  
de distinto color, por siervo mio,  
en veros sin cadenas me complazco.  
España, esa nacion cuya hidalguia  
compite de sus glorias con el astro;  
cuna magna de insignes oradores  
y de ilustres varones esforzados;  
regida por patricios eminentes,  
honra y prez de los buenos ciudadanos,  
hoy á nuestras arenas abrasadas  
la nueva fausta por el cable trajo  
de las reformas el proyecto culto  
que ha sido al Parlamento presentado.  
¡No más cadenas! ¡Para siempre cesé  
ese comercio que deshonra al blanco!
- CLEM. Ellos sabrán, señora, agradecidos,  
su nombre bendecir con entusiasmo.  
¡No lo dudeis! Por más que temerosos  
rechacen esta idea sus contrarios,  
¡Ellos consagrarán su vida entera  
á la familia, al órden, al trabajo,  
sin olvidar de Dios los Mandamientos,  
pues todos al nacer somos hermanos!
- AMP. ¡Ah! ¡Sí! ¡Sí! ¡No lo dudó, la venganza  
nunca guarida tuvo en los honrados.

¡También á sus verdugos Jesucristo  
perdonó al espirar en el Calvario!

¡Si amigos quereis ser, jurad que nunca  
con sangre hermana manchareis las manos!...

¡A Dios, que premia la virtud del bueno,  
cumple tan sólo castigar al malo!

En este día de placer fecundo,  
una prueba de amor ofrecí daros.

Ya sabeis que mi padre, en seis mil pesos  
á veinte de vosotros ha comprado;

entre ellos cuatro pobres criaturas,  
de dos padres también que eran esclavos.

Pues bien: hoy que ya el mio bondadoso  
á ese jóven marino quiere ufano

mi mano prometer; ya que las Córtes  
vuestras cadenas van á hacer pedazos,

de hoy más en este ingenio, á nombre suyo,  
¡libres todos quedais! ¡No más esclavos!

Dom. ¡Ah! ¡Señora! ¡Dejad que agradecidos  
besemos vuestros piés, con celo santo!

(Todos los esclavos se arrodillan: los niños también,  
en primer término.)

Y que os demos las gracias más profundas  
en union de estos niños desgraciados.

Ellos bendecirán á cada instante  
los nombres de unos seres tan humanos,

y por sus vidas rogarán al cielo  
con la pureza de sus tiernos años.

¡Cómo olvidar tan grandes beneficios?  
¡Ni cómo de su lado separarnos?

En su ingenio estaremos, si es su gusto,  
sus tierras productoras cultivando,

resarciento siquiera de este modo  
el oro que en nosotros han gastado.

Cumpliremos aquello que nos manden,  
como fieles colonos, como honrados,

sin abrigar rencores contra aquellos  
que eran verdugos en lugar de amos.

¡No lo dudeis! Y aquel que de nosotros  
olvide su deber de ciudadano,

será por los demás reconvenido

- y ante los tribunales presentado.  
 No abusaremos de la libre aurora  
 que hoy aparece en el celeste espacio;  
 y rindiendo á la España mil loores,  
 ¡morir por ella con valor juramos!
- AMP. ¡Os escucho altamente conmovida!.,  
 ¿Pero estais todavía arrodillados?
- Niño 1.<sup>o</sup> Así deben estar ante los ángeles  
 los hijos que bendicen sus encantos.
- AMP. ¡Levantad! Y vosotros, pobres niños,  
 de hoy más descansareis entre mis brazos;  
 si madres no teneis, yo, bienhechora,  
 prometo ser vuestro seguro amparo.
- DOM. Quiere mi corazón saltar del pecho  
 entre raudales de copioso llanto.  
 ¡Ah! ¡señora! Que el cielo favorezca  
 á unos séres tan buenos, tan cristianos.
- AMP. Ahora marchad al templo, y en él, todos,  
 rogad á Dios con fervoroso lábio  
 por mi futuro enlace, y por las almas  
 de aquellos que os hicieron mayor daño!  
 (Todos los esclavos besan su mano, y salen con res-  
 peto y sumision.)

### ESCENA III.

CLEMENTINA Y AMPARO.

- AMP. ¡Pobre gente, á sufrir acostumbrada  
 el carácter altivo y despiadado  
 de algunos que faltando á sus deberes  
 olvidan que los negros son hermanos!  
 ¡Con qué afan agradecen las bondades  
 que en casa de mi padre han disfrutado!
- CLEM. En cambio don Mateo, á cada hora  
 más egoista, mercader y avaro;  
 ¡y aspiraba al honor de ser altivo!  
 feliz poseedor de vuestra mano!
- AMP. Gozoso el corazon, en este dia  
 el fin de sus deseos ha logrado,  
 porque mi padre accede á nuestra boda,

- y el de Alberto tambien: gustosos ambos,  
 bendecirán muy pronto nuestro enlace.
- CLEM. Por él os felicito, no dudando  
 que el marino sabrá feliz haceros  
 á el áncora de amor aprisionado.
- AMP. ¡Creo pasos oír!... Eles, sin duda.
- CLEM. Es Juan, su servidor, con otros varios.

ESCENA IV.

Las mismas. JUAN y comparsas negros, con ramos y guirnaldas  
 de flores.

- JUAN. Sé que vais á ser dichosa,  
 y feliz me considero  
 porque soy el mensajero  
 de nueva tan venturosa.

AMP. ¡Tú dirás!

- JUAN. Vuestros amores  
 á felicitar venimos,  
 y á vuestras gracias rendimos  
 estas guirnaldas de flores.  
 Vuestra deseada union  
 pronto se realizará...  
 ¡Loco de júbilo está  
 mi señor!

AMP. ¿Por qué razon  
 no ha venido?

- JUAN. Se ha quedado  
 pagando en la joyería  
 este aderezo, que ansía (Presentádoselo.)  
 adorne vuestro tocado.  
 Son perlas cuya blancura  
 no envidiará el albo seno,  
 de tantas virtudes lleno,  
 bello como el alma pura.
- AMP. Juan es galante tambien,  
 como su amo.

JUAN. Señora,  
 yo comprendo que os adora,  
 pues sois el ángel del bien,

- y que os acordeis reclamo  
que de lealtad tesoro,  
como ya os dije, yo adoro  
todo lo que adora el amo.
- AMP. Es de un gusto sin igual. (Mirando el aderezo.)
- JUAN. De buen gusto goza fama.  
Su anciano padre, que os ama,  
os dá el regalo nupcial.
- AMP. Perlas son de mis amores  
y en aprecio he de tenerlas;  
más son otras tantas perlas  
para el alma, vuestras flores.  
¡Ellas valen un tesoro!  
Con celo sabré cuidarlas  
y orgullosa colocarlas  
en mis jarrones de oro.  
Acepto vuestra espresion  
y con ella me envanezco...  
¡fineza que os agradezco  
con todo mi corazon!  
¡Clementina! Vé, al momento,  
y deposita estas flores  
en los floreros mejores  
de mi mejor aposento.  
Guíalos al comedor,  
y que allí obsequiados sean  
en mi nombre, si desean  
conquistarse mi favor.
- JUAN. Estos amigos, señora,  
sólo anhelan, con ternura,  
tranquilidad y ventura  
á vuestra alma bienhechora.  
Son servidores amantes  
de mi señor: han sabido  
lo que habeis favorecido  
á todos sus semejantes.  
Ansiosos de conoceros  
y de cerca contemplaros,  
era su afan obsequiaros  
y estas flores ofreceros.
- AMP. ¡Gracias por tanto interés

y vuestra bondad sin tasa!

¡Juan, estais en vuestra casa!

JUAN. Con permiso...

AMP. Hasta después.

(Vánse los negros por la izquierda.)

ESCENA V.

AMPARO, á poco ALBERTO.

AMP. ¡Qué gozosos todos van

sin sentir la menor pena!

¡Y qué condicion tan buena

la del pobre negro Juan!

El bien inmenso y fecundo

que consigue, no precave

el que vota porque acabe

la esclavitud en el mundo.—

¡Alberto! (Viéndole entrar.)

¡Ya me culpabas!

ALB. No lo tomarás á enojos.

AMP. Me lo revelan tus ojos.

ALB. Sí veian que tardabas...

AMP. Albricias dáme.

ALB. Ya sé,

AMP. Alberto, por qué lo dices.

ALB. Pronto seremos felices.

AMP. Tu padre á mi casa fué.

ALB. No creí simpatizaran

tanto, y hasta quiso Dios

que en política los dos

de igual manera pensarán.

AMP. Tu padre al mio le dijo:

«Preciso es que usted elija:

yo tengo un ángel por hija,

y usted un noble por hijo.

AMP. Abrigan hondas raices

sus pechos enamorados:

AMP. ó hay que hacerlos desgraciados

AMP. ó hacer á los dos felices.

AMP. ¡Sentiré que no le cuadre



mi pretension! El hacer  
feliz á un hijo, es deber  
imprescindible de un padre.

Le acepto para su esposo:  
ella es honrada, yo rico,  
por lo tanto le suplico  
que acceda tambien gustoso...

AMP.

¿Y entonces?

ALB.

Entusiasmado,

por levantarse luchaba  
del sillón á donde estaba  
mi pobre padre postrado,  
y exclamó: «¡Quisiera darle  
una prueba de que accedo  
gustoso, pero no puedo  
cual deseara abrazarle!»

Al oirlo don Manuel,  
una lágrima vertiendo,  
de compasion, fué corriendo,  
y un abrazo le dió á él.

AMP

¡Pobre anciano!

ALB.

Mientras, yo,

presenciaba aquella escena,  
y fué terrible la pena  
profunda que me causó!

AMP.

Preciso será á la vez

que como buenos cumplamos,  
y que el báculo seamos  
de su achacosa vejez.

ALB.

¡Eso de tu amor espera  
mi corazón con anhelo!

AMP.

¡Seré el ángel de consuelo  
que vele á su cabecera!

ALB.

¡Ah! La gran felicidad  
que á nuestra vida se ofrece,  
¡que es un sueño me parece!  
¡No la creo realidad!

Y es que tú por todas partes,  
como el ángel de concordia  
y de la misericordia,  
la felicidad repartes.

Tú mitigaste las penas  
de los séres afligidos,  
tantos años oprimidos  
por sus pesadas cadenas.

Tú, con extrema bondad,  
dando de virtud ejemplo,  
conviertes la casa en templo  
de santa fraternidad.

Y el que vá del bien en pós  
sembrando ricos tributos,  
recoje los santos frutos  
de la bendición de Dios.

AMP.

¡De toda alma bien nacida  
es un deber sacrosanto  
endulzar el triste llanto  
de la gente desvalida!

¡En ello mi dicha fundo!  
«Haz bien sin mirar á quien,»

¡Alberto, que el hacer bien  
es el mayor bien del mundo!

¡Si vieras hace un momento,  
llorando á mi alrededor

á esos hombres de color,  
víctimas del sufrimiento,

postrados con humildad,  
de pasión sus almas llenas,

al oír ¡no más cadenas!  
¡Mi padre os dá libertad!

ALB.

¡Libertad! Dulce palabra  
que calmará sus agravios,

y que al salir de tus lábios  
¡la dicha de tantos labra!

Yo también, pues conseguí  
mis amantes desvaríos,

la libertad á los míos  
en nombre tuyo les dí.

El júbilo que sintieron  
les conmovió de tal suerte,

que ansiosos de conocerte  
á saludarte vinieron.

AMP.

Sus obsequios admití,

- con afecto cariñoso,  
y este aderezo precioso...
- ALB. Que es muy poco para tí,  
lo sé.
- AMP. ¡No seas tirano!  
y al llamártelo, me fundo.  
¡Esta joya vale un mundo!  
porque viene de su mano.
- ALB. Es de un padre agradecido  
que te demuestra su amor.
- AMP. Pues no le escede en valor  
la que más precio ha tenido.
- ALB. A tu padre saludar  
rendidamente deseo.
- AMP. Vamos, que con don Mateo  
en su despacho ha de estar.
- ALB. ¿Y consiente todavía  
en verle y en saludarle?
- AMP. Tiene un dinero que darle...  
¡Ya conoces su hidalguia! (Váanse.)

## ESCENA VI.

JUAN y esclavos. CLEMENTINA, despues DOMINGO.

- JUAN. Esta casa, hermanos míos,  
ha sido siempre el santuario  
de lo justo y lo moral,  
y el consuelo del esclavo.  
En ella un ángel habita  
que tiene por nombre Amparo.  
Ya lo habeis visto, su rostro  
virginal, lleno de encanto,  
es el espejo del alma  
que vela por sus hermanos.
- CLEM. A su buen padre debemos  
la libertad hace años.
- JUAN. Pretestan los enemigos,  
á sus ideas contrarios,  
que nosotros no sabemos  
ser libres: ¡baldon nefando!  
¿Qué sér en el mundo habrá,

que se tenga por humano,  
que desconozca y no sepa  
apreciar los fueros santos  
del hombre, en esta avanzada  
época que atravesamos?

El negro de hoy, lo mismo  
que les sucede á los blancos,  
no es el autómata simple  
de hace veinte ó treinta años.  
Hoy las corrientes eléctricas  
la ilustracion han llevado  
á los puntos más remotos,  
mil conmociones causando.  
Hoy, en fin, los negros somos,  
no máquinas del trabajo,  
sino hombres, y debemos  
de disfrutar, por lo tanto,  
la libertad que concede  
á los súbditos honrados  
la Constitucion que rige  
en el suelo castellano.

CLEM. ¿A quién no le parte el alma,  
que presuma de cristiano,  
la venta inícuca que ayer  
había verificado  
don Mateo?

JUAN. ¡Es un canalla,  
digno sólo del escarnio  
y el desprecio! ¡Dios sus culpas  
castigará!

CLEM. ¡Dónde un cuadro  
más desolador!

JUAN. ¡Y el hecho  
de don Manuel?... ¡Cuán ufano  
la libertad ha devuelto  
hoy á todos sus vasallos!  
¡Compañeros! Que jamás  
os olvideis, siendo ingratos,  
de los séres que trabajan  
por redimir al esclavo.

NEG. 1.º ¿Y qué podemos hacer

por su bien, y el suelo pátrio  
do nacieron? ¿Por los hombres  
que libertad nos han dado?

DOM. (Saliendo seguido de esclavos.)

¡Yo os lo diré, hermanos míos!

TODOS. ¡Domingo!

DOM. ¡Oid! ¡Acercaos!

¡Sabeis que la gratitud  
en los buenos ciudadanos  
es un deber que engrandece  
las almas!

JUAN. ¡No lo negamos!

DOM. ¡Sabeis que por ellos hemos  
la libertad alcanzado  
de nuestros hijos! Su sangre  
les pertenece.

JUAN. ¡Es exacto!

DOM. Los enemigos que abogan  
por la esclavitud, llevados  
de su ambicion, les han hecho  
creer á los más incautos  
y bajunos mercaderes,  
nuestras virtudes negando...  
¿sabeis qué? Que si el proyecto  
se vota de emanciparnos,  
las Islas se pierden.

JUAN. Sí.

Es verdad. Eso han osado  
decir.

DOM. Los grandes, unidos,  
intentan por medios varios  
humillar á los pequeños.

JUAN. ¡Como siempre! ¡Si son malos!

DOM. ¿Quereis un mentis lanzar  
á esos hombres depravados,  
siguiendo el ejemplo mio,  
aunque me veis tan anciano?

TODOS. ¡Sí!

DOM. Pues marchemos.

JUAN. ¿A dónde?

Recordad que hoy que gozamos

- de libertad, es el día  
que estamos más obligados  
á respetar al vencido  
y á perdonar sus agravios.
- DOM. Incapaz soy de emprender  
lo que pueda denigrarnos;  
siempre los libres instintos  
á mi corazón guiaron,  
y el que blasona de libre,  
antes que nada es honrado...  
¡Pronto volvemos! ¡Seguidme!
- JUAN. ¿Qué intentas hacer, Domingo?
- DOM. ¡Nada temais! Juan, no trato  
de promover un desórden.
- JUAN. ¿Nos lo prometes?
- DOM. Sí.
- JUAN. ¡Vamos! (Vánse.)

## ESCENA VII.

CLEMENTINA, á poco D. MANUEL y D. MATEO.

- CLEM. Sentiré que en este día,  
para todos de entusiasmo,  
algun abuso cometan  
de funestos resultados.
- MANUEL. ¡Ahí lleva usted, don Mateo,  
la cantidad!
- CLEM. (¡Qué bigardo!)
- MANUEL. Seis mil pesos en billetes,  
y el pico todo en metálico.
- MATEO. (Al menos ya aseguré  
el negocio, pues aun gano  
más de lo que yo pensaba.)  
Confiese usted, sea franco,  
que para el comercio soy  
una alhaja.
- CLEM. (¡Sí, de estaño!)
- MANUEL. Crea usted que no le envidio  
las ganancias.
- MATEO. Yo no alcanzo  
esa popularidad

que usted; pero me complazco  
 en doblar mi capital,  
 que es lo que interesa... ¿estamos?  
 Eso de hacer sacrificios  
 por idiotas, por ingratos,  
 á costa de su dinero,  
 don Manuel, no se lo aplaudo.  
 ¡En todo es usted lo mismo,  
 tan inocente, tan cándido!  
 Apuesto á que casa usted  
 con su hija ese muchacho,  
 y encima les dá una dote  
 de cien mil pesos!

MANUEL. El caso  
 no es para ménos.

MATEO. ¡Si digo  
 que es usted lo más pacato!  
 ¡Haber despreciado á un hombre  
 como yo, que al fin y al cabo  
 tengo crédito en la Isla  
 y soy todo un propietario!  
 ¿Y por quién? Por un teniente  
 de Marina.

MANUEL. No es exacto.

MATEO. ¿Cómo que no?

MANUEL. Porque dentro  
 de poco tendrá el despacho  
 de capitán.

MATEO. ¡Es lo mismo!  
 ¡No pasa de un pobre diablo!  
 Pero en fin, usted se empeña  
 en hacer todo al contrario  
 de los demás; no me estraña  
 que el mejor día á este paso  
 declare la bancarota.

MANUEL. No me faltará algun Banco  
 donde acudir, con el fin  
 de evitar ese fracaso.

MATEO. ¡Eso es lo que tiene usted:  
 todo lo encuentra tan llano!...  
 ¡Lo mismo le vá á pasar

en la cuestion del esclavo!  
 Dé usted libertad á esos  
 hombres, que defiende tanto,  
 y verá qué bien le pagan;  
 al filibustero dando  
 su apoyo.

MANUEL. ¡Ya no hay remedio!  
 He prometido salvarlos,  
 y lo cumpliré. Si faltan,  
 ellos serán los ingratos.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, AMPARO, á poco ALBERTO.

AMP. ¡Padre mio! (¿Todavía  
 este hombre aquí?)

MATEO. ¡Bella Amparo! (Saludando.)  
 (AMPARO, dirigiéndose á ALBERTO, que sale.)

AMP. Alberto, decia usted...

MATEO. (¿Tambien él!)

AMP. (¿Estoy temblando!)

ALB. Señor don Manuel, mi padre  
 saludarle me ha encargado  
 en su nombre.

MANUEL. Luego, juntos,  
 iremos á visitarlo.

MATEO. Mi cordial enhorabuena  
 doy á los afortunados  
 y prometidos esposos.

ALB. Agradezco el agasajo.

AMP. Mira, papá, lo que el padre  
 de Alberto me ha regalado.

MANUEL. ¿Un aderezo? ¡Es magnífico!...

ALB. Siente mucho el pobre anciano  
 no haber podido venir;  
 pero en el lecho postrado  
 del dolor...

MANUEL. ¡Siento infinito  
 el motivo, porque es harto  
 sensible! Mucho agradezco  
 su regalo, y es más grato



- para mí, porque á mi hija,  
galante, lo ha dedicado.
- ALB. Perdone usted, don Manuel:  
es de un valor tan escaso...
- MANUEL. No por cierto: para mí,  
es de un precio extraordinario.
- MATEO. Todo en esta casa está  
felicidad respirando.  
Los amantes satisfechos;  
en libertad los esclavos,  
y don Manuel, orgulloso,  
recreándose en sus lauros.
- MANUEL. Nunca más feliz que hoy,  
que me veo rodeado  
de mis hijos, y que pude,  
honor á mi pátria dando,  
redimir del cautiverio  
á séres tan desgraciados.  
¡Loor á España!
- MATEO. ¡Verán  
qué terrible desengaño!
- VOCES. ¡Viva España! (Dentro.)
- TODOS. ¡Viva!
- CLEM. ¡Cielos!
- MANUEL. ¡Esas voces!
- MATEO. Ya ha empezado  
el motin: de fijo harán  
una de pópulo bárbaro.
- VOCES. ¡Viva la pátria  
de Hernan Cortés y Pizarro!  
¡Viva!
- ALB. No teman ustedes.  
Los negros, entusiasmados,  
se dirigen hácia aquí,  
la bandera tremolando  
de España!
- TODOS. ¡Viva el Gobierno  
de la Nacion!
- VOCES. ¡Viva!
- MANUEL. ¡Cuánto  
goza el corazon, al ver

júbilo tan espontáneo!

(JUAN, saliendo con los negros y una bandera grande española, pero arrollada.)

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos. JUAN y comparsas negros, él con la bandera nacional.

JUAN. ¡Hermanos míos! Venid,  
y á los piés arrodillaos  
de nuestro ángel salvador,  
de su hija, nuestro amparo.

MANUEL. ¡Levantad! ¡No os quiero ver  
á mi vista prosternados!  
¿De dónde venís?

JUAN. Venimos  
de mostrar nuestro amor pátrio  
á la España, de ofrecerla  
nuestra sangre en holocausto.  
Ella, la culta nacion  
de oradores afamados,  
como Emilio Castelar,  
á quien todos veneramos;  
cuyas palabras son perlas  
que estas Islas admiraron,  
devuelve la libertad  
á los que sufren esclavos.  
En guerra con ese fiero  
vandalismo, hace ya años,  
necesita defensores  
aguerridos y esforzados;  
y para dar un mentís  
á los ciegos partidarios  
de la esclavitud, que dicen  
han de ser hijos ingratos  
los que á la España le deben  
cuanto hay de bello y preciado  
para el hombre, muchos de ellos  
ya los fusiles tomaron  
en su defensa, y serán  
los más fieles voluntarios.

MANUEL. ¿Se convence usted ahora (A MATEO.)  
de que estaba equivocado,

don Mateo? ¿No vé usted  
los efectos más contrarios?

MATEO. No juzgue usted, don Manuel,  
por los hechos de unos cuantos.

MANUEL. Yo, en nombre de la Nacion,  
doy las gracias á esos bravos  
y agradecidos patriotas,  
dignos del bien que han logrado.  
Los que piensan de ese modo,  
libres son, no hay que dudarlos:  
de hoy más en nuestra bandera,  
en letras de oro estampado,  
verá el universo entero:  
¡Libertad! ¡No más esclavos!  
¡Abajo el comercio impio  
de la sangre humana!

TODOS. ¡Abajo!

JUAN. ¡Viva nuestro protector!

TODOS. ¡Viva!

MANUEL. ¡Sellad vuestro lábio!

Los vítores que dais á mi persona,  
á ese rico trofeo prodigadlos.

(Señalando á la bandera, que á este tiempo habrán des-  
plegado.)

Benedicid y adorad esta bandera,  
de todo buen patricio emblema santo.  
Es la que brava dominó altanera  
en San Quintin, Pavía y en Lepanto.  
Es la que al frente de Isabel primera  
al moro de Granada causó espanto.  
Es la que el Gran Colon os trajo ufana,  
en la Niña, la Pinta y Capitana.  
¡La que en sus paños de amarillo y rojo  
el brillo ostenta de radiantes glorias,  
que llevaron sus huestes con arrojo  
á ornar con el laurel de mil victorias!  
¡Yo á vuestros hijos á su sombra acojo,  
sin cadenas, al hombre infamatorias!  
¡No más esclavitud en las Antillas!  
¡Viva la patria de las dos Castillas!

don Mateo? No vé usted  
 los estos más contrarios  
 Mateo. No juegue usted, don Manuel,  
 por los papeles de esos cuantos.  
 Mateo. Yo, en nombre de la Nación  
 hoy las traigo a esos bravos  
 y agraciados patriotas  
 dignos del bien que han logrado  
 Los que pujan de ese modo  
 libres son, no hay que dudarlo  
 de hoy más en nuestra bandera  
 en lotes de oro, acompañados  
 verá el universo entero  
 ¡libertad! No más esclavos!  
 ¡A la libertad y al comercio libre!  
 de la sangre humana!  
 ¡Viva nuestro protocolo!  
 ¡Viva!  
 ¡Salud vuestro libelo!  
 Los vótores que da a mi persona,  
 a ese rico teatro prodigioso  
 (Señalando a los actores, que a este tiempo habrán de  
 irse)  
 Bendito y alorad este bandera  
 de todo buen patriota cumplido  
 Es la que praxa de mi bandera  
 en San Quintín, Lavirrey en Lagarto.  
 Es la que al frente de Isabel primera  
 al moro de Granada en sus campañas.  
 Es la que el Gran Colón en su galeón  
 en la América Pinta y Capatzen  
 ¡La que en sus paños de amarillo y rojo  
 el brillo ostenta de mil y mil estrellas,  
 que llavaron sus buques con arco  
 a errar con el laurel de mil victorias!  
 ¡Yo a vuestros hijos a su siempre acorzo,  
 sin cadenas, al hombre indomable!  
 ¡No más esclavitud en las Antillas!  
 ¡Viva la patria de las dos Castillas!

Todos.

JUAN.

Todos.

MATEO.



## PUNTOS DE VENTA.

---

En Madrid en las librerías de la *Viuda é hijos de Poupart*, calle de la Paz, 6, y *Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas.

---

Los representantes de la Galería dramática EL TEATRO, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion.